

«Pombo»<sup>10</sup>, etc. Precisamente en uno de los artículos de la serie «Pall-Mall», dedicado al libro de Santiago Ramón y Cajal, *Charlas de café* (1921), miscelánea de confidencias, anécdotas y pensamientos, se encuentra la primera referencia explícita de Pla al grupo de escritores del 98.

El artículo de Pla es agrio y mordaz: «Darrera el gran neuròleg no hi ha sinó un notari escèptic, lector de Campoamor i caçador de les frases gruixudes de Nietzsche i de Schopenhauer. Quina cosa més esborronadora, més esborranadora!»<sup>11</sup>. Seguramente la acidez de la pluma de Pla se acentúa porque Cajal había invocado en el prólogo a Montaigne, La Bruyère, La Rochefoucauld, Chamfort, Stendhal y Anatole France -escritores muy queridos por el joven periodista ampurdanés- como paradigmas de su propio texto, y lo invocado no se cumplía en el grueso del volumen, cuya lectura le decepcionó por entero. Al aire de esta desilusión, Pla hace unas consideraciones sobre la vida de la cultura en España. Aun reconociendo el valor de ciertas personalidades de la universidad, la institución como tal le parece mediocre, mientras la única cultura digna de consideración está en «l'extrarradi, al suburbi, és cosa antioficial». En esa zona, que no es ni la academia ni la universidad, sitúa Pla a la generación del 98, en la que incluye a Ortega y a la que define -con lacónica y acertada precisión- como «nacionalista»:

«Fa pena de veure i de tractar els homes més granats de la cultura castellana. Aquests homes són la generació dita del 98, que no ha estat superada, perquè de fet, Ortega y Gasset pertany a aquesta generació. Gràcies a aquest moviment intel·lectual nacionalista, Espanya té una ombra de personalitat en el món i es coneix una mica ella mateixa»<sup>12</sup>.

El juicio del joven Pla es ambivalente. De una lado, observa en los escritores del 98 una vida plagada de interinidad, idéntica a la de sus tiempos del fin de siglo, en un ambiente vacuo y hostil. Únicamente están separados de los años del desastre colonial por la pérdida de sus ilusiones: «No han perdut res més que les il·lusions». De otro, la penetrante pupila de Pla detecta en sus quehaceres literarios e intelectuales el único ademán profesional valioso, ponderado y ecuánime. Al margen de la vida oficial, estos intelectuales y escritores le parecen los únicos que,

<sup>10</sup> En Madrid, 1921. Un dietari (1929) Pla ofereix un curiós testimoni de estos dies madrileños desde el écran del recuerdo. El retrato abocetado de Gómez de la Serna es excepcional: «Dret encara, Gómez de la Serna sembla un defensa de team de futbol feminat, o el fill intel·lectual d'algun carnisser enriquit. Se li nota massa la pell, una mica oliosa, amb un punt de morbidezza d'home d'interior» (Josep Pla, Madrid, 1921. Un dietari, Primera volada, OC, Barcelona, Destino, 1966; t. III, p. 648).

<sup>11</sup> Josep Pla, «Escrits de joventut: Pall-Mall», Caps-i-puntes, OC; t. XLIII, p. 191. El artículo está fechado el 29-III-1921.

<sup>12</sup> Ibidem; p. 192.

aún careciendo de un contacto suficiente con la vida, son exponentes del pulso vital de España:

«El séc professional que no trobaríem ni a l'Acadèmia, ni a la Universitat, ni a l'Ateneu, ni a cap reunió de persones respetables d'un voluminós pudor presumpte, el trobaríem en aquest periodista dur, grinyolós i desigual, en aquest novel·lista desesperat, en aquest poeta obscur que professa a Segòvia, en aquest professor transit de malencolia, en aquest escriptor silencios»<sup>13</sup>.

Los adjetivos de Pla (su mejor magisterio como escritor) dejan entrever las personalidades de Maeztu, Baroja, Antonio Machado, Unamuno y Azorín.

Dejando aparte los matices y las insinuaciones que la diáfana pluma de Pla siempre ofrece, el artículo da una pertinente definición del movimiento intelectual del 98 como nacionalista. Caracterización que mantuvo inamovible a lo largo de su trayectoria periodística. En los primeros tiempos (1942) de *Destino* y al trazar una magistral semblanza de Azorín, escribe: «La generació de 1898 fou un grup d'escriptors i d'artistes que sentiren profundament el nacionalisme. La seva preocupació constant fou Espanya»<sup>14</sup>.

Los días madrileños de 1921 le acercaron a los escritores de la generación del 98, a los que había leído con anterioridad<sup>15</sup>. Un atento observador y un *flâneur* joven e inteligente, curioso e irónico deambula por Madrid y viaja a Salamanca, Ávila y Segovia, dando noticia de la ciudad y de Castilla como si fuese «un contribuent incert, crepuscular i prescindible»<sup>16</sup>, según recuerda en el prefacio de 1929. De estos días de aprendizaje quedó en el pensamiento de Pla una convicción sobre el quehacer literario del 98 que habría de exponer años después, cuando las circunstancias históricas eran bien distintas, en la inmediata posguerra. Dos textos de 1942, ambos escritos originalmente en castellano, certifican su

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp.192-193. Cita Pla en este artículo a otros escritores relevantes: Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala y Moreno Villa, a los que naturalmente sitúa en otro ámbito generacional.

<sup>14</sup> Josep Pla, «Azorín», *El passat imperfecte*, OC, Barcelona, Destino, 1975; t. XXXIII, p. 27.

<sup>15</sup> En el artículo «Azorín», publicado en 1942, Pla, al examinar su biblioteca, recuerda: «He descobert, primer, que posseeixo vint o vint-i-cinc llibres d'Azorín comprats a la meva época d'estudiant. Los pueblos, La ruta de don Quijote, Castilla... Recordo que llavors vaig empassar-me aquests llibres amb la mateixa avidesa que vaig llegir Verdaguier, les poesies i els articles de Maragall, les coses de Pujols, les primeres poesies de Sagarra, la crònica de Muntaner, Montaigne, Sterne, Gide, Barrès» (Josep Pla, «Azorín», *El passat imperfecte*, OC; t. XXXIII, p. 22). En *El Quadern gris* (1966) escribe (14-X-1918): «La nostra generació –la generació catalana– deu haver llegit copiosament l'obra de Pío Baroja. A disset anys, jo la devorava i es pot dir que la conec tota» (Josep Pla, *El Quadern gris*, OC, Barcelona, Destino, 1966: t. 1, p. 358).

<sup>16</sup> Josep Pla, Madrid, 1921. Un dietari - Primera volada, OC; t. III, p. 467.

visión de los escritores del 98: el valor literario de aquella generación radica en la aproximación verdadera que hizo a las tierras, los hombres y las cosas –la intrahistoria– de España, convirtiéndola en pasajes literarios imprescindibles para su conocimiento. En el artículo «Azorín», citado varias veces, Pla se refiere al conocimiento y amor de España que ofrecen las obras noventayochistas:

«Aquesta generació ha subratllat alguns trets, ha descobert alguns aspectes –llums, colors, formes–, ha ressuscitat algunes idees, ha exhumat algunes figures i alguns escrits, ha vist Espanya a través d'un tal hàbit de realitat, gairebé diríem de fotografisme, que per a molts de nosaltres l'obra d'aquesta generació és una dada indispensable en el conoixement d'Espanya»<sup>17</sup>.

En *Rusiñol y su tiempo* (1942), que junto con *El pintor Joaquín Mir* (1944), *Un señor de Barcelona* (1945) y la reedición de la traducción castellana de la *Vida de Manolo* (1947) conforman un retablo nostálgico de la vida de la sociedad barcelonesa en los tiempos del *Modernisme*, el maestro ampurdanés, tomando como pauta algunas afirmaciones de Azorín, señalaba cómo la literatura y la pintura del 98 se acercó, con además verdadero, a la identidad española:

«Les velles ciutats, la vida provincial, els pobles, la vida del camp, l'estretor, l'austeritat, la dignitat, el fons tràgic, pobre, de la nostra existència terrestre, les llums i ombres sobre les quals transcorre la nostra vida ¿qui les ha descrites millor que els escriptors, pintors, artistes del 98?»<sup>18</sup>.

Estas dos referencias (como otras más menudas que abundan en sus colaboraciones en *Destino*) acuerdan perfectamente con una idea vertebradora de la obra de Pla: la literatura como fedataria de una época y de una vida, de un paisaje y de unos hombres. Desde esta ladera es enteramente pertinente esta valoración del 98, que delata además la condición de epígono que el gran escritor catalán tiene respecto de la generación, pues como señaló el profesor Vilanova, haciendo hincapié en la particular deuda con Baroja, Pla ha heredado de los escritores del 98, «un sentido entrañable de la tierra y del paisaje, un profundo amor por los tipos y costumbres de su región nativa y un creciente interés por los más nimios incidentes e ignoradas facetas de la existencia cotidiana y vulgar»<sup>19</sup>. Pla admiraba en la labor de los del 98 –advirtiendo, al paso, sus claroscuros– lo que pretendió que fuese

<sup>17</sup> Josep Pla, «Azorín», *El passat imperfecte*, OC; t. XXXIII, p. 27.

<sup>18</sup> Josep Pla, Santiago Rossinyol i el seu temps, *Tres artistes*, OC, *Barcelona, Destino*, 1970; t. XIV, p. 496.

<sup>19</sup> Antonio Vilanova, «La obra de José Pla»; *Ínsula*, 95 (1953); p. 7.

parte substancial de su obra: «Jo he tractat de descriure el país del meu temps»<sup>20</sup>.

Seguramente Pla pudo conocer a Unamuno en el verano de 1916, cuando el maestro vasco transitó por dos veces –ida y vuelta de Mallorca– por Barcelona. Cristina Badosa en su reciente biografía de Pla sostiene que el escritor ampurdanés entró en el Ateneo de Barcelona a primeros de enero de 1918. Sin embargo, el propio escritor en un retrato de Nicolau D’Olwer, fechado en 1950, y quizás con una cierta dosis de imaginación, sugerida por la información que le facilitó el intelectual y político catalán, recuerda la estancia de Unamuno en Barcelona en 1916: «Era a l’estiu. A la tarda anava a passar l’estona al jardí de l’Ateneu. Es lligà amb els elements de la penya del doctor Borralleres»<sup>21</sup>.

Mayor trato tuvo con el maestro vasco cuando visitó por primera vez Salamanca, acompañado de Joan Crexells. Era el invierno (febrero) de 1921 y Pla pormenorizó las incidencias de la visita en *Madrid, 1921. Un dietari* (1929). Otros recuerdos de esa visita se dispersan por su obra. En *Viaje en autobús* (1942) –cuya traducción catalana es *De l’Empurdanet a Barcelona en Viatge a la Catalunya Vella* (1968)– el viajero recuerda su paso por Blanes y una conversación con Unamuno a propósito de la forma de tratar el paisaje en la novelística de Pereda y de Joaquín Ruyra. Pla recuerda que «lo que sí conocía y a fondo el profesor era la literatura que Ruyra había construido»<sup>22</sup>, certificando el notable conocimiento de la literatura catalana del maestro vasco. En la tercera serie de *Homenots*, los días de la estancia salmantina de 1921 retornan a la pluma de Pla. Se trata del retrato de Josep Carner, en el que recuerda las conversaciones con Unamuno y le responsabiliza de haberle acercado a la poesía de Bofill i Mates. Según Pla, Unamuno le dió una «elevada apreciació» de la poesía de Bofill i Mates (Guerau de Liost), fijándose en la artesanía poética que le hacía captar los mínimos detalles y en su humorismo bondadoso:

«Davant de la seva contenció verbal, del seu fre actiu i tens, de l’esforc, del seu estil, tan ben disimulat per una bonhomia exquisida, l’estupefecció d’Unamuno no tenia límits»<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> Josep Pla, «La substancia», *El meu país*, OC, Barcelona, Destino, 1968; t. VII, p. 227.

<sup>21</sup> Josep Pla, «Lluís Nicolau D’Olwer» (1950), *Retrats de passaport*, OC, Barcelona, Destino, 1970; t. XVII, p. 257. En una de las últimas notas (noviembre, 1980-marzo, 1981) que Pla escribió recuerda el mismo episodio, que únicamente se puede fechar en 1916: «De vegades venia a Barcelona, i sempre a la penya de l’Ateneu, el rector de Salamanca don Miguel de Unamuno i Jugo, bilbaí. que s’hi aturava anant a Mallorca, on tenia amics» (Josep Pla, *Darrers escrits*, OC, Barcelona, Destino, 1984; t. XLIV, pp. 623-624).

<sup>22</sup> Josep Pla, *Viaje en autobús*, Barcelona, Destino, 1980; p. 152.

<sup>23</sup> Josep Pla, «Josep Carner. Un retrat», *Homenots*. Tercera sèrie, OC, Barcelona, Destino, 1972; t. XXI, p. 254.